

El (in)esperado encuentro entre la izquierda y lo postmoderno: hacia una banalización de la política

Francisco Martorell Campos

Richard Rorty personifica una variante muy *sui generis* del denominado «pensamiento postmoderno». Al contrario que la mayoría de los componentes de la aventura postmetafísica —que siempre hicieron gala de una muy marcada tendencia a la ambigüedad ideológica—, el máximo representante del neopragmatismo no dudó a la hora de hacer de la defensa y divulgación del liberalismo político el tema más destacado de su obra. Muchos años antes de la publicación por parte de Derrida de *Espectros de Marx*, Rorty dió forma a la alianza entre la deconstrucción y la democracia, o si se quiere, entre la sofisticación de la teoría postmoderna y parte de la herencia política de la Ilustración. Diez años después de la publicación de *Contingencia, ironía y solidaridad* llega hasta nuestros lares *Forjar nuestro país: el pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, el cual, y junto a *Pragmatismo y política, Verdad y progreso* (de próxima aparición también en Paidós) y *Filosofía y esperanza social*, culmina el periplo rortiano hacia una reflexión en la que la defensa del liberalismo progresista pierde parte, sólo parte, de la grandilocuencia de la que hizo gala en los escritos de los años ochenta y principios de los noventa para dar paso a indagaciones sobre problemáticas mucho más concretas, como son los casos de la globalización económica, el feminismo o el multiculturalismo, que permiten matizar y suavizar algunas de

las sospechas que desde la teoría crítica se lanzaron sobre el personaje en cuestión.

Forjar nuestro país, libro que no tardará en ser acusado, y a veces con razón, de «panfleto antimarxista», «propaganda imperialista» y demás lindezas, sintetiza y se apoya en buena parte de las ideas más notorias que el autor ha ido sembrando a lo largo de su dilatada obra para dar lugar a una reflexión de corte periodístico y explícitamente partidista sobre la historia reciente de la izquierda estadounidense. La narración se configura como una explícita apología retórica del reformismo político que revive una controversia clásica de la izquierda: ¿Cuál es la mejor estrategia

para solventar la injusticia social, el reformismo institucional o el radicalismo extraparlamentario? Esta cuestión recibe en manos de Rorty un tratamiento abiertamente antimarxista que se articula a través de un recordatorio de lo que él considera las mayores victorias de las luchas civiles de su país; aquellas que se produjeron durante el periodo que abarca, desde los inicios del siglo XX hasta la guerra de Vietnam, es decir, durante el periplo en el que la izquierda estadounidense se caracterizó por actuar dentro del marco constitucional con el objetivo de mejorar

la calidad de vida de los más desfavorecidos mediante pequeñas y sucesivas reformas políticas. Esta «vieja izquierda» a la que Rorty melancólicamente se adhiere incluía a socialdemócratas, comunistas, sindicalistas y a gente «que nunca se les pasó por la cabeza llamarse así» (p. 49). Sin embargo, el súbito trauma causado por la guerra de Vietnam se materializaría en «el eclipse de la izquierda reformista»: Los activistas interpretaron que «la guerra de Vietnam, y la interminable humillación infligida a los afroamericanos eran claves de que había algo en nuestro país que fallaba profundamente, y no sólo defectos corregibles a través de reformas» (p. 66).



Richard Rorty,

Forjar nuestro país: El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX, Paidós, Barcelona, 1999, 172 pp.

Como consecuencia de ello emergería en la espuma urbana una «nueva izquierda», radical y revolucionaria que abandonarían el influjo de Dewey por la estela de Foucault, el activismo en las calles e instituciones, piensa Rorty, por la contemplación teórica en el despacho universitario. Tareas tales como votar candidatos, presentar propuestas concretas que subsanen la injusta distribución de la riqueza, participar, en definitiva, en la política *real* empezaron a ser considerados actos colaboracionistas, posibilidades permitidas por el «sistema» disciplinario y por ende componentes de la espesa malla del «poder». Deconstruir un texto se convirtió en la actividad reivindicativa por excelencia.

Uno de los aspectos cruciales a la hora de distinguir entre la «vieja» y la «nueva» izquierda según el planteamiento que Rorty presenta en el libro, es la suplantación parcial a partir de 1964 de Marx por Freud, el relevo del *egoísmo* en manos del *sadismo* como caballo de batalla de la izquierda, o lo que es lo mismo, la sustitución en el imaginario progresista del capital por el deseo. Semejante trasvase se vió aderezado por un paralelo cambio de residencia de los intelectuales comprometidos, que pasaron, de albergarse en los departamentos de ciencias sociales a los de literatura, que abandonaron el estudio de la economía política para dedicarse al de la filosofía postmoderna proveniente del continente europeo. Lo que Rorty critica a la izquierda cultural no es la adopción del pensamiento postmoderno, que él también sustenta, sino la conversión de éste en un fundamento filosófico, en una «tesis general» para la acción política, la cual cosa supone una reproducción de los vicios intelectuales que anidan en las mentes de los pensadores europeos herederos de la crítica marxista. En este sentido, y fiel a su célebre y controvertida dicotomización de los ámbitos público y privado, Rorty mantiene que los pensadores más citados por la izquierda cultural –Nietzsche, Heidegger, Foucault y Derrida– «deben ser circunscritos a la vida privada y no se deben usar como guías para la

argumentación política. La noción de “infinita responsabilidad”, formulada por Levinas, y a veces desarrollada por Derrida, así como los frecuentes descubrimientos del propio Derrida (...), podrían ser útiles para algunos de nosotros en nuestras búsquedas personales de perfección privada. Sin embargo cuando asumimos nuestras responsabilidades públicas, lo infinito y lo irrepresentable simplemente son incordios» (p. 88).

Fruto de la nueva cartografía académica post-68 que Rorty lúcidamente traza son las «políticas de la diferencia» que gravitan alrededor de los estudios culturales. La diferencia crucial que guardan respecto a la izquierda política reside en el hecho de que para el multiculturalismo el adversario político no es un sistema económico determinado, sino, por decirlo así, una especie de estructura mental que, llámese «logofalocentrismo», llámese «racionalidad instrumental» o «capitalismo tardío», sólo puede ser subvertida mediante el reconocimiento de la alteridad que encarnan los *gay*, los inmigrantes o las mujeres. Nuestro autor aplaude el éxito de la izquierda cultural a la hora de disminuir el sadismo de las conciencias de los estadounidenses. Reconoce que cualquier tipo de izquierda es mejor que cualquier tipo de derecha y acepta que la vieja tesis reformista era un error; que de la disminución del egoísmo no se sigue necesariamente un descenso del sadismo. No obstante, advierte muy acertadamente que «En el mismo período en el que el sadismo socialmente aceptado ha disminuído progresivamente, la desigualdad económica y la precariedad económica también han aumentado progresivamente» (p. 77). Con la globalización económica haciendo de las suyas, Rorty cree que ha llegado el momento de intensificar la preocupación por lo económico ① aunque sea a costa de una rebaja del interés por el sadismo, de reivindicar una izquierda que no mire hacia otro lado mientras las taras de la globalización surten efecto en espera de algún demagogo derechista como Buchanan que saque provecho de las desigualdades y de la desesperación de los tra-

① Se trata de una inquietud que en la actualidad se discute en el interior mismo de los estudios culturales, a los que Rorty llega a denominar «estudios de victimismo». Muchos de sus componentes abogan por la restauración del «originario» talante crítico y reivindicativo que, a causa de los excesos postmodernos, se ha visto reducido al análisis de la materialidad del significante, el desmantelamiento de las infraestructuras de los textos mediáticos, etc. Ver al respecto: M. Ferguson / P. Golding (eds), *Economía política y estudios culturales*, Barcelona, Bosch, 1998.

bajadores. Para que ello sea posible es necesario, siempre según Rorty, que la izquierda cultural se transforme, que se ponga a hablar de dinero, que establezca puntos de conexión con los naufragos supervivientes de la izquierda reformista y con los sindicatos, que se implique en las luchas y movimientos civiles para presentar programas legislativos y alternativas factibles para cambiar los desbarajustes económicos existentes, que son, al fin y al cabo, mucho más numerosos que los provenientes del sadismo que sufre el «Otro». Reproduciendo el desprecio postestructuralista hacia la totalidad, Rorty considera que los progresistas estadounidenses tienen que abandonar su estéril propensión hacia los «movimientos», hacia los grandes proyectos inabarcables y revolucionarios a la manera del cristianismo, el nihilismo o el marxismo, que se nutren de un deseo vacío e inabarcable deseo de Sublimidad y Verdad, para pasar a la participación en «campañas», en actividades limitadas y finitas con objetivos concretos de las que siempre es posible saber si se ha fracasado o triunfado ②.

Una transición así, añade Rorty, es impensable y carecerá de éxito si no se producen dos modificaciones: A su entender, a) la restauración de la izquierda de su país precisa de la reactivación del orgullo estadounidense. En el primer capítulo de *Forjar nuestro país*, «El orgullo nacional de Estados Unidos: Whitman y Dewey», Rorty parte de estas dos figuras para mostrar como el intelectual de izquierdas puede ser alguien que se sienta orgulloso de su nación. Para que puedan volver a aparecer personas así es indispensable la disolución del sentimiento de *pecado* provocado por las atrocidades cometidas por los Estados Unidos durante toda su corta historia, atrocidades de las que se debe sentir vergüenza e indignación pero sin que tales sentimientos anquilosen la esperanza. La literatura antiutópica y el pensamiento de autores como Baudrillard o Heidegger también han contribuido a alimentar una imagen orwelliana de los Estados Unidos que incentiva entre la

clase intelectual multiculturalista el alumbramiento de una «escuela del resentimiento» cuyos integrantes «Sustituyen el asombro por la teorización pretenciosa y las visiones de un futuro mejor por el resentimiento con los errores del pasado» (p. 108).

Manifestación de la vertiente provinciana de su trabajo, el patriotismo de Rorty resulta molesto incluso para muchos de sus seguidores. Como muy acertadamente revela el traductor y autor del glosario Ramón Del Castillo, la tensión entre patriotismo y cosmopolitismo compone buena parte del libro ③. La segunda modificación de la izquierda, b) «Conceder una moratoria a la teoría», también se nutre, aunque en un nivel específicamente metafilosófico, de esta tensión; la depreciación de la teoría en manos del neopragmatismo es la consecuencia del abandono y rechazo de las pretensiones universalistas de una razón que trata de elevarse allende los márgenes contingentes de la comunidad para ofrecer un análisis global y crítico de «la situación». Esta desvalorización de lo teórico acompaña a una concepción de lo político muy concreta. La izquierda cultural, Rorty al habla, debe reconocer que la abstracción, por muy antilogocéntrica que sea, es de escasísima utilidad para la discusión y la práctica política, las cuales tienen que plantearse en los términos «más familiares y banales posibles». El «poder» de Foucault, el «Ser» heideggeriano o el «capitalismo tardío» de Jameson son categorías *góticas* que inspiran transformaciones mágicas e inexplicables y no reformas efectivas, *reales*, que puedan ayudar a solucionar «los problemas de la gente». Tal y como se encarga de sentenciar el propio Rorty, «La izquierda foucaultiana en los Estados Unidos de hoy día es exactamente el tipo de izquierda con la que sueña la oligarquía: una izquierda cuyos miembros estén tan ocupados desenmascarando el presente que no tengan tiempo para discutir qué leyes necesitarían implantarse para crear un futuro mejor» ④ (p. 117).

No es necesaria ninguna destreza especial para percatarse de que cartas se encuen-

③ Y de toda su obra. Véase, por ejemplo, los ensayos «Cosmopolitismo sin emancipación: Respuesta a Jean-François Lyotard», «Sobre el etnocentrismo: Respuesta a Clifford Geertz» y «¿Solidaridad u objetividad?», incluidos en *Objetividad, relativismo y verdad*, Barcelona, Paidós, 1996. También «Solidaridad», en *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós, 1996.

② El ensayo «Movimientos y campañas», incluido en *Forjar nuestro país*, también se haya disponible para el lector de lengua castellana en *Pragmatismo y política*, Barcelona, Paidós, 1998.

④ Buena parte de estas consideraciones acerca del «excedente teórico» de la izquierda cultural pueden encontrarse perfectamente resumidas en; R. Rorty, «De Man y la izquierda cultural norteamericana», incluido en *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos*, Barcelona, Paidós, 1993.

⑧ Fredric Jameson / Slavoj Žižek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Barcelona, Paidós, 1998.

⑤ Recomiendo un libro imprescindible en torno a esta cuestión: Paul A. Bové, *En la estela de la teoría*, Madrid, Frónesis / Cátedra, 1996.

⑥ Terry Eagleton, *Ideología. Una introducción*, Barcelona, Paidós, 1997, pág. 220.

⑦ Los interesados e interesadas en las críticas de la izquierda no postmoderna a Rorty deben leer el magnífico y contundente libro de Christopher Norris, *Teoría crítica: posmodernismo, intelectuales y la guerra del golfo*, Madrid, Frónesis/Cátedra, 1997.

tran sobre la mesa en un discurso como el de Rorty, muy extendido por lo demás; es el estatus de la teoría política, o mejor aún, el estatus de la teoría *para* la política lo que se debate. La lógica que subyace en los entresijos del etnocentrismo patriotero y el talante antiteórico ⑤ –ilustrado paradigmáticamente por Stanley Fish– del neopragmatismo postmoderno es fácil de desentrañar: en el trabajo de Rorty «subsiste la idea de que la razón es una facultad de ver las cosas desapasionadamente, mientras que los intereses son tenazmente locales y particulares» ⑥. Ya que la pretensión racionalista de liberarnos de nuestras marcas sociales e históricas es una desvarío epistemológico y moral, la única actitud honesta consistirá, según esta ramplona inversión rortiana-postmoderna, en el reconocimiento de la comunidad como horizonte de todo lo que puede ser pensado, de la retórica como génesis del conjunto de creencias, lenguajes o instituciones. Todo, visto así, es ideología, lo cual es *prácticamente* lo mismo que proclamar el final de todas ellas. Cuando Rorty manifiesta, por poner un caso, «no creo que haya una forma no mitológica y no ideológica de narrar la historia de un país» (p. 25), presta un flaco servicio a la izquierda que dice defender, puesto que concede el mismo rango a las opiniones de Reagan que a las de Chomsky, a la más cínica de las retóricas que a la investigación contrastable con la mejor información disponible ⑦. Que la autotransparente y lúcida razón cartesiana sea una quimera no implica que estemos expuestos al monopolio de la voluntad de poder y el círculo hermenéutico. Sustentar algo de esta calaña supone dar por buena una disyuntiva, objetividad *versus* interés, que ya fue «deconstruida» mucho antes de la llegada de lo postmoderno.

No obstante las muchas críticas que un planteamiento como el de Rorty pueda suscitar, *Forjar nuestro país* es una obra muy interesante para dilucidar los debates y controversias que en la actualidad ocupan el complejísimo escenario teórico estadounidense. El diagnóstico de Rorty sobre la izquierda cultural es, cuanto

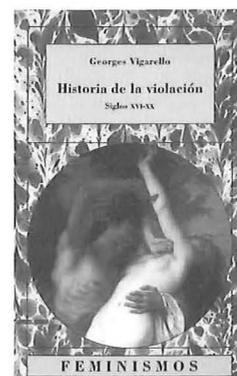
menos, interesante. Junto a las aportaciones al respecto de Fredric Jameson ⑧ y Terry Eagleton, completa una triada estupenda para reflexionar desde una perspectiva crítica y de izquierdas acerca de los límites y los logros de los estudios culturales estadounidenses, de ese radicalismo intelectual que habla de género, lo cual esta muy bien, pero no de clase, lo cual es decepcionante. Otra cosa es si el reformismo, tal y como lo describe Rorty, supone en realidad una alternativa mejor, menos equívoca.

Francisco Martorell Campos es becario de investigación de la Conselleria de Cultura Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana. Facultat de Filosofia.

Pensar la violencia sexual: cuatro siglos de atrocidad

Florencia Peyrou

«La historia de la violación no está escrita». Así comienza Georges Vigarello una obra tanto más importante cuanto que este crimen tiene actualmente una enorme presencia en numerosas esferas de la sociedad, como la prensa, los ámbitos judicial y policial y la opinión pública. En efecto, la escritura de esta obra parece influida por la aparición de varias cuestiones novedosas en relación con el tema de la violencia sexual en Francia en los últimos años, como el libro *Viol d'inceste, auteur obligatoire-anonyme*, de



Georges Vigarello, *Historia de la violación. Siglos XVI-XX*, Colección «Feminismos», Ediciones Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer, Madrid-Valencia, 1999, 394 pp.